

INTRODUCCIÓN

El descubrimiento de América se presentó como un poderoso incentivo para desarrollar las virtualidades económicas de las gentes y de las tierras de Euskal Herria. Desde su incorporación a la Corona de Castilla, en los primeros siglos bajomedievales, los vascos se establecieron firmemente en los principales núcleos económicos y comerciales de la Península, especialmente en la Andalucía Occidental, tan estrechamente relacionada con el Nuevo Mundo. Desde 1492, América se convirtió en el campo de irradiación más fecundo para la vitalidad de este pueblo, y allí muchos consiguieron grandes beneficios, las riquezas y honores que las estrecheces de su tierra les negaban. Pero, por otra parte, el País Vasco y sus hombres fueron el complemento fundamental para la acción de la Corona y la colonización de aquellos territorios. América, como ya hemos dicho en otras ocasiones, parecía estar hecha a la medida de las posibilidades de los vascos.

Las riquezas naturales del País Vasco, sus abundantes bosques, la explotación y manufactura del hierro, sumado a la larga experiencia en la construcción naval, proporcionaron a la Monarquía las naves, el elemento imprescindible en las tareas de descubrimiento primero y, después, para establecer el tráfico y la defensa del imperio, un imperio que por primera vez en la historia estaba separado por un inmenso océano. La pérdida de la iniciativa y del dominio del mar están indudablemente entre las causas y las consecuencias del ocaso de la monarquía imperial española.

Los vascos, ligados secularmente a las actividades maríneas, contribuyeron a esta actividad económica clave de la colonización construyendo los barcos de la carrera de Indias y aportando tripulaciones expertas, entre las que destacan relevantes personalidades individuales. Podemos citar, entre otros muchos, algunos nombres propios: Juan Sebastián Elcano, Andrés de Urdaneta, o Blas de Lezo.

Como es bien sabido la minería, y muy especialmente la argentífera, fue la actividad económica preferente de la monarquía española, secundada por la sociedad indiana. Proporcionó los recursos para el sostenimiento de los intereses universales de la monarquía pero igualmente proporcionó los capitales necesarios para el fortalecimiento de las comunidades indianas y generó a su vez nuevas e importantes actividades

económicas como el comercio. Y en estas dos actividades claves, como decíamos, están presentes de forma masiva los vascos.

Nos los encontramos ya desde los primeros momentos, en las explotaciones mineras de las islas antillanas, pero es el desarrollo de la gran producción argentífera en Nueva España y en el virreinato peruano lo que permitió el desenvolvimiento de las virtualidades vascas para esta actividad: su larga experiencia minera en la cornisa cantábrica y su espíritu emprendedor. Las obras generales como las de Molina, González, Brading o Fisher, nos dan las suficientes referencias para tener la seguridad de que estuvieron presentes en todos los pasos de la cadena productiva, como propietarios, habilitadores, aviadores, técnicos, distribuidores e, incluso, como oficiales reales que debían fiscalizar las actividades de los particulares. Pero la monografía o monografías que aborden directamente la presencia de los vascos en las actividades mineras en Indias están aún por escribirse.

La actividad, sin embargo, en la que los vascos se movieron como peces en el agua fue el comercio, en la que llegaron a constituir uno de los grupos más numerosos e influyentes. Desde mucho antes del Descubrimiento se habían establecido sólidamente en las dos ciudades andaluzas que posteriormente serían los enclaves peninsulares para la comunicación con las nuevas tierras: Sevilla y Cádiz, y desde allí se proyectaron hacia América. La presencia de los mercaderes vascos siguió el eje de la colonización americana: la conquista de las altas culturas del continente, el establecimiento de los dos grandes virreinos, Nueva España y Perú, el asentamiento del monopolio portuario y de las rutas de la carrera de Indias, hacen que las dos grandes capitales, Lima y México, se constituyan en los puntos terminales y en las verdaderas metrópolis económicas de sus respectivos territorios. Y allí -lo mismo que en los puertos intermedios, Veracruz y los de Tierra Firme- se establecen los comerciantes vascos formando sólidos e influyentes grupos, que ocupan y a veces copan los cargos directivos de los respectivos y poderosos Consulados.

Cuando en el siglo XVIII comienza a surgir la denominada América Atlántica, en oposición a la tradicional de la vertiente del Pacífico suramericano, desarrollando sus hasta entonces dormidas virtualidades, también nos encontraremos a los mercaderes vascos entre sus principales protagonistas. En este sentido no cabe duda de la importancia para la historia venezolana de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, tan importante para la unidad política y el desarrollo económico de Venezuela como para la Provincia, sede de sus actividades. La presencia de los comerciantes vascos es también manifiesta en el Río de la Plata, como lo ha estudiado con profundidad José María Mariluz Urquijo, especialmente en su libro Bilbao y Buenos Aires. A finales de la centuria, cuando

comiencen a introducirse las medidas liberalizadoras del comercio en contra del, al menos teóricamente, rígido monopolio español, los vascos se encuentran perfectamente situados para afrontar la nueva situación: entre los que residen en Cádiz y se resisten a la pérdida de sus privilegios, entre los que residen en el País Vasco y aspiran a comerciar desde sus propios puertos, y ya en territorio americano, entre los que defienden los intereses de los antiguos consulados y entre los que aspiran a la liberalización del comercio en los puertos del Atlántico.

Estas tres importantes actividades económicas de los vascos en América -la minería, el comercio, y las relacionadas con la mar-, que dan título precisamente a este volumen, están presentes de una u otra forma en los veintitún trabajos que lo integran, que esperamos constituyan un serio aporte para entender mejor las varias veces centenarias relaciones de Euskal Herria con América.

Queremos manifestar nuestro más profundo agradecimiento a la Fundación Kutxa de la Gipuzkoa Donostia Kutxa por su decisivo aporte económico e institucional que hace posible la edición de este volumen. Igualmente agradecemos a la Diputación Foral de Gipuzkoa, que permitió que el VI Congreso Internacional de Historia de América -convocado por la Asociación Española de Americanistas y organizado por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea- se trasladara con sus actividades académicas y sociales a la ciudad de San Sebastián, en el magnífico marco del Palacio de Miramar. Aunque los trabajos aquí presentados hacen relación al País Vasco en su conjunto, es evidentemente la Provincia la que mantuvo lazos más fuertes y fluidos con la economía americana; la elección y conexión de Guipúzcoa con este volumen no es, pues, una casualidad.

Este agradecimiento lo hacemos extensivo al Dr. José Luis de la Cuesta, Vicerrector del Campus de Guipúzcoa de la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, por su sensibilidad hacia todos los temas americanistas.

LOS EDITORES